

HACIA UNA SOLUCIÓN PACIFICADORA PARA LOS CONFLICTOS SOCIOPOLÍTICOS DESDE LA PERSPECTIVA POSTCONVENCIONAL E INTEGRAL

Salvador Harguindey

Director del Instituto de Biología Clínica y Metabolismo, Oncología Médica, Endocrinología y Enfermedades Neurodegenerativas

“La sabiduría consiste en seguir dos caminos opuestos al mismo”

Lao Tse

RESUMEN

El enfoque integral-postconvencional, llamado política-II o de segundo orden, señala las limitaciones de las estrategias de la política convencional para resolver los principales problemas en nuestras sociedades. Como alternativa, se ofrece una aproximación de raíz que se dirige hacia una praxis política psicológicamente más abierta, madura y evolucionada. Este enfoque aspira a consensuar todos los complejos factores involucrados en conflictos que incluyan violencia social en orden a relacionarlos de maneras sanas y pacíficas. Desarrolla a su vez un lenguaje universal válido para todas las partes enfrentadas, un esperanto psicológico-político que está en condiciones de materializar una nueva visión lo suficientemente profunda y amplia para acoger, negociar y relacionar sanamente, y de una forma integrada las diferentes realidades, estados de conciencia, cosmovisiones en juego, tanto como los diversos nacionalismos e incluso hasta civilizaciones enfrentadas.

1. INTRODUCCIÓN

La alienación y el miedo llevan por sistema a la ruptura de toda posibilidad de relaciones sanas, sea entre personas o grupos. Estos factores son los que exacerbaban la dinámica de toda confrontación y la escalada de cualquier conflicto. La pérdida de confianza y credibilidad inducida por la espiral descendente inducida tan solo es un lado de la moneda. La otra cara de la misma moneda muestra una deficiente imaginación, ceguera y buena voluntad para salir al encuentro de soluciones y alternativas integrales. Dichas soluciones *superadoras* han de pertenecer, por definición, a una dimensión por encima del nivel de conflictividad de un determinado problema. En este sentido, desde Albert Einstein a John White han concluido que ningún problema se resuelve verdaderamente al mismo nivel que se originó (Harguindey, 2000a). En consecuencia, para salir al encuentro de condiciones y soluciones verdaderas en la esfera sociopolítica, el desarrollo humano ha de progresar, ascendiendo a través de una serie de estados o estadios psicológicos de creciente competencia emocional, sofisticación y compasión (Combs, 2000). De ahí que una nueva perspectiva y paradigma orientador son estrictamente necesarios para unir por el canto de la misma moneda cosmovisiones parciales y confrontadas, con conciencias y valores contrapuestos, que tratan de imponerse desde sus respectivas perspectivas sobre la totalidad de la realidad externa.

Las principales estructuras de la conciencia de cualquier ser humano, junto con sus correspondientes valores y centros de gravedad, se resumen en la Figura 1. Dichos estadios evolutivos, realidades o cosmovisiones distintas son principalmente tres: el modelo preconvencional o estadio II, el convencional o estadio III, y el postconvencional o estadio IV. Cada uno de ellos acoge desde lo personal y subjetivo a lo social, objetivo y externo. Por ello, para comprender en toda su profundidad conflictos

violentos entre pueblos y naciones-estado, u otros de similar naturaleza, es necesario darse cuenta de que, en su raíz, una de las principales razones subyacentes tanto a su origen como a su persistencia es la escisión y el estallido violento subsiguiente que se produce al chocar frontalmente la cosmovisión, realidad y valores del estadio II con los del III, o viceversa (Harguindey, 1999, p. 47).

Cada uno de estos tres estadios o dimensiones determinan no sólo realidades y valores distintos sino que predeterminan rígidamente las bases de las diferentes agendas políticas (Wilber, 1995; Jordan, 1997, 1998a, Harguindey 1999). Condicionan asimismo las prioridades, escalas de valores, motivaciones y comportamientos de los individuos (Beck y Cowan, 1996). Llegan incluso a configurar la constitución anímica y los diferentes aspectos “religiosos” del individuo: el ancestral, animista, ecocéntrico y/o egocéntrico (estadio II), el moderno o sociocéntrico (III), y el adualista-panenteísta, unitivo o integral (IV). Desde el punto de vista evolutivo, dichos estadios evolutivos del espíritu humano se encuentran conformando las diversas formas de ver el mundo. Estas configuran los llamados *memes*, o estructuras de la conciencia conformadoras y predeterminantes de la realidad externa (Beck, Cowan, 1996). A esto se debe que se haya dicho en repetidas ocasiones que cada guerra es, de una u otra manera, una guerra religiosa.

El estadio evolutivo convencional en el que se mueve la política oficial actual demuestra que su nivel de la conciencia, colectiva e individual, sobre todo en lo que atañe a lo intelectual, cultural y espiritual, aún no es lo suficientemente amplio y elevado para acoger la globalidad de los complejos problemas existentes. Por ello se hace imprescindible tratar de acceder a un nuevo tipo de pensamiento integral, asimismo conocido como postconvencional o metasistemático, y desde ahí a un nuevo paradigma interpretativo. Muchas de las desesperantes realidades del mundo actual piden a la llegada de una nueva actitud que pueda ver más allá de los límites de cualquier realidad parcial y que al mismo tiempo sea capaz de acoger y defender las esencias básicas de cada una de ellas. Esto corresponde al nivel evolutivo de la política postconvencional, integral o Política-II (Mindell, 1995; Beck y Cowan, 1996; Combs, 2000, Wilpert, 2000).

Por *política integral* se entiende aquella que respeta las identidades y el verdadero contenido de todas las ideologías y realidades, tratando de integrarlas dentro de una cosmovisión sinérgica donde todos salgan ganando. A su vez ha de estimular la sintonía entre unos y otros, así como una creatividad conjunta superior a las diferencias entre seres o colectivos diferentes, para tratar de llegar a una síntesis humana unitaria del Conjunto Vital, sobre todo entre las subculturas tradicionales y las modernas. Este enfoque permite comprender que lo que en la superficie se aparecen como “desacuerdos políticos” en profundidad se demuestran como un conflicto de valores y distintas interpretaciones de la realidad que emanan de diferentes estadios de crecimiento y evolución colectiva (los “*core patterns*” de Beck y Cowan (1996). Debido a esto, algunos especialistas en resolución de conflictos han llegado a la conclusión que “*toda lucha política se ha transformado, incluso desde su misma raíz, en una confrontación entre estructuras, estados y/o estadios diferentes de la conciencia*” (Cowan y Beck, 1996; Jordan, 1996, 1998a; Harguindey, 1999; Combs, 2000).

Sólo se puede tratar de curar adecuadamente una enfermedad si el diagnóstico de su naturaleza íntima es el correcto. Para comprenderla es imprescindible llegar hasta su raíz y esencia más profundas (diagnóstico etiológico, de raíz, o radical) en orden a construir desde allí un sano tronco y unas sanas ramas (Grof, 1992, 1995; Harguindey, 2000a). Según ha afirmado Chopra (Chopra, 2000, p. 318): *todos hacemos las cosas lo mejor que podemos desde nuestro propio nivel de consciencia*. Por ello, la verdadera paz sólo podrá ser alcanzada mediante una negociación basada en la búsqueda de una sana y profunda interrelación entre los diversos niveles y estadios, en este caso entre los valores tradicionales- ancestrales de la cosmovisión II, y la convencional-moderna, o realidad tipo III (Figura 1). La pregunta clave sería: ¿Cómo pueden las sociedades ayudar a los individuos a desarrollar identidades, tanto individuales como colectivas, sanas y benevolentes? En principio, la cosmovisión del paradigma propio del estadio IV se empeña en crear un sentido de dirección universal, válida, justa y creativa para todos los seres y para todas las partes involucradas en un conflicto.

Cualquiera que sea el caso y la violencia, habrá que tratar directamente con los problemas más serios, incluso si son abrumadores o aterradores, más allá de toda estrategia manipuladora, y por mucho que dichos problemas se nos aparezcan como imposibles de solucionar. En este sentido, Jordan ha llamado la atención sobre algunos puntos esenciales a considerar en la solución de conflictos inveterados y multifactoriales, sobre todo de naturaleza social, intercultural y política. En primer lugar, hay que aceptar que la limitada capacidad y falta de efectividad y creatividad de las soluciones propuestas por los enfoques de la política actual, en sus dos aspectos: preconventional y convencional (estadios II y III), ha dejado de inspirar confianza u optimismo alguno debido a las caóticas situaciones que origina su competencia y a los descorazonadores caminos de paz propuestos por unos y otros. De ahí la evolución cada vez más enfermiza y caótica que tanto nuestras sociedades occidentales, como muchas otras áreas a lo largo y ancho del planeta, están tomando. Por ello, diversos investigadores y especialistas en el campo de la solución de conflictos (Curle, 1995; Mindell, 1995; Beck y Cowan, 1996; Jordan, 1998a, 1998b; Rosenberg, 1999) han ideado diversas propuestas y soluciones alternativas e inéditas a la vez que orientan en los nuevos senderos a seguir basados en la perspectiva integral y postconventional, conocida también como “democracia profunda” (estadio IV, Figura 1).

Figura 1
Estadios y dimensiones evolutivas de la conciencia política (Eds)

II (ED2)	III (ED3)	IV (ED4)
Modelo preconventional	Modelo convencional	Modelo postconventional
Colectivista	Indivudualista	Mixto (individualismo colectivista)
(ancestral, matrilineal)	(neoilustrado, patrilineal)	Mestizaje (híbrido)
Premodernismo	Modernismo	Post/Transmodernismo
Preindoeuropeo	Europeista	Cosmocéntrico (mundocéntrico-planetario)
Comunalismo (vasco, otros)	El Sistema (occidental)	El Nuevo Paradigma (Oriente-Occidente)
Marxismo	Neoliberalismo	Política Integral (Política-II)
Ego eco-lógico	Ego ego-céntrico	Ego autotranscendente (Trans-ego)
Homogeneización, igualitarismo	Competitividad	Compartir (diversidad sinérgico-enriquecedora)
Democracia interna	Democracia externa	Democracia profunda
Política interiorizada	Política exteriorizada	Política objetivo-subjetiva
(cualitativa, excluyente)	(cuantitativa, globalizadora)	(incluyente de la totalidad)
Sociedad/es cerrada/s	Sociedad/es abierta/s	Sociedad/es universal/es
Antijerarquía	Jerarquía	Holarquía
Crecimiento plano	Crecimiento vertical	Crecimiento holonómico
(intratelúrico-horizontal)	(telúrico-ascendente)	(integrado, mixto-ascendente)
Conciencia bidimensional	Conciencia tridimensional	Cuartidimensional (cuántico-relativista, ¿quintaesencial?)
Pre-egoico: preverbal-sentimental	Egoico: verbal-mental	Trans/metaegoico (postverbal)
Mítico-racional (pre-racional)	Racional	Transracional (intuitivo, visión-lógico)
Lógica del corazón	Lógica de la razón	Lógica transmental (supraindividual)
Mente emocional	Mente reduccionista-analítica	Mente cósmica (transpersonal)
Ojo de la carne	Ojo de la mente	Ojo contemplativo
(instinto, sentimiento)	(racionalismo moderno)	(mítico-unitivo, autotranscendente)
Pensamiento secuencial	Pensamiento lineal	Pensamiento cibernético (interrelacional)
El centro del ser: "El pueblo indígena"	El centro del ser: "El individuo"	El centro del ser: "El Cosmos ("vacío vivo")
"El ayer (mítico) como hoy"	El hoy como ayer y mañana (bloqueado)	Ayer, hoy y mañana como uno (tiempo abierto-integrado)
Religiosidad panteísta-atea	Religiones dualistas (ortodoxias)	Filosofía Perenne (espiritualidad unitiva, advaitismo)
Dios= Diosa/Madre/Tierra	Dios= Padre/Cielo (excluido, alejado)	Dios=Haciéndose-Desplegándose (implicado)
Matriarcalismo	Patriarcalismo	Fratriarcalismo
Tiempo cíclico (edénico, ¿preedípico?)	Tiempo lineal (caída en el ego, postedípico)	Eterno Presente (cíclico-lineal, atemporal/transtemporal)
Hiperdualismo (monológico)	Dualismo (monológico)	A dualismo (bilógico, integral)
CIC(*): pobre	CIC(*): moderada	CIC(*): elevada
DE(**) púrpura-rojo	DE(**) azul-naranja-verde	DE(**) amarillo-turquesa-coral

(*) CIC: Capacidad de integración de la complejidad

(**) DE: Dinámicas espirales

(Modificado de Harguindey, 1999)

Para enfrentarse con los males más serios, tanto las estrategias premodernas, etnocéntricas (estadio II), defensoras de los derechos colectivos de los pueblos, como las modernas, sociocéntricas e individualistas (estadio III), enfocadas principalmente hacia los derechos de los individuos, presentan dos problemas fundamentales que reducen, cuando no anulan, toda perspectiva de éxito. En primer lugar, la creencia exagerada en que las reformas de las estructuras externas de la sociedad, aunque sin menospreciarlas (leyes, aspectos económicos, jurídico-políticos, etc.) -los llamados “factores externos”- son el mejor, si no el único método, para hacer avanzar nuestras sociedades, cambiar nuestras realidades y dar un sentido y una mejor dirección a nuestras vidas.

Las ideas, por muy bellas que se aparezcan ante los ojos, no pueden ser llevadas a cabo sin el correspondiente crecimiento, ascenso y transformación, tanto personal como colectiva, de las actitudes y perspectivas de los individuos y grupos en cuanto a su propia conciencia y espíritu. Se comprenden así, por ejemplo, las razones del fracaso total de la realidad propuesta por los países socialistas-comunistas que proponían una sociedad humana sin jerarquía alguna (*de "flatland" o tierra rasa*) implementada a través de la revolución social. Dicha experiencia permite aprender que los problemas estructurales son, más que la causa principal del sufrimiento, secundarios a otros contextos más profundos. Parece asimismo evidente que se podrían aliviar muchos problemas sociopolíticos si la mayoría de las personas estuvieran firmemente comprometidas a valores universalistas (pensamiento de segunda fila o jerarquía o *second-tier thinking*), que corresponde al nivel de conciencia conocido como cosmocéntrico, mundocéntrico, universal-integrativo o integral-holístico de Wilber (Beck y Cowan, 1996; Wilber 2000a).

El segundo problema y limitación que presentan las estrategias políticas convencionales es que el sistema político, incluso el más democrático, está enfermizamente invadido por una "mentalidad de adversario", una perspectiva fundamentalmente competitiva que puede llegar a manifestarse como un moderno cáncer social y un neototalitarismo disimulado (Pannikar, 1999). La experiencia ha demostrado suficientemente que dicha mentalidad crea más problemas de los que resuelve. Muchos políticos convencionales, que deberían estar comprometidos a lograr resolver los principales problemas, devalúan e incluso se oponen agresivamente a considerar soluciones globales. En vez de ello prefieren oponerse a los contrincantes políticos, ya sea por intereses personales o partidistas, estos últimos disfrazados de obsoletas "ideologías". Esta actitud es siempre muy pobre, parcial y limitada, debido a la facilidad con la que da lugar a un narcisismo creador de pseudologías fantásticas y de todo tipo de narrativas psicológicas elegidas según las necesidades de identidad, limitaciones, apasionamientos, dependencias y servidumbres de cada cuál.

Por lo tanto, se comprende cada vez mejor el creciente desinterés público en "políticas de partido", lo que en el fondo puede constituir un esperanzador signo de estos tiempos. Esta tendencia indica que las verdaderas soluciones pueden residir en *las ideas*, a ser posible inéditas (evolución, no revolución) y no en *las ideologías*, sobre todo si estas son excluyentes. Todo ello coloca a las clásicas ideologías dualistas (derechas-izquierdas) en los baúles del pasado. De ahí que los debates políticos convencionales se conviertan cada vez más frecuentemente en una constante, aburrida y repetitiva reiteración sobre camino trillado, siendo mayormente inútiles por mostrarse exentos de creatividad u originalidad alguna. En definitiva, el estancamiento tanto en valores excluyentes del estadio II o III se transforma en algo obviamente ineficaz para resolver los conflictos más serios y profundos, tanto entre los seres humanos como entre sociedades, valores y realidades distintas.

Hasta hoy los estadios II y III permanecen cada cual cerrado en sí mismo, sin posibilidad alguna de interrelación y pacífica y comunicación no violenta, el primero hundido en un indiferenciado caos primigenio y el segundo, por paradójico que suene, en su propia superficialidad. La inevitable consecuencia es la propensión de la mayoría a adherirse a puntos de vista inflexibles, posicionamientos que inevitablemente llevan a todo tipo de frentismos. El dolor, hipersensibilidad y sufrimiento secundarios a dichas actitudes arrastra a unos y otros a un estado de soberbia y arrogancia que lleva al conjunto a tratar de imponer una determinada ideología particular sobre los contrincantes (dualismo confrontador e hiperdualismo bipolar).

Por el contrario, el nuevo camino adualista se abre a la perspectiva de acoger y sostener simultáneamente en nuestras mentes realidades y cosmovisiones opuestas. Pretende transformar la realidad progresiva y sinérgicamente en una que supere la fragmentación y el astillamiento accediendo a una forma de cohesión superior. Esta ha de ser capaz de integrar la totalidad de forma pacífica y ordenada dentro de una nueva realidad, una no homogénea sino diversificada, que sea a la vez compatible con todas las diferencias e identidades tanto entre individuos como entre grupos (Panikkar, 1985). Se pretende lograr así una forma expresiva de comunicación que no pueda ser manipulada por egoísmos personalistas

o intereses partidistas, y que a su vez ofrezca una visión supralaberíntica capaz de integrar y acoger los extremos más separados y las máximas complejidades de las diferentes estructuras conceptuales.

Dicho paradigma postconvencional implica una dialéctica entre las diversas subjetividades libre de intento alguno de manipulación, dominación o ataque, quedando siempre por encima de cualquiera de las agresivas dialécticas monolíticas presentes, que no van más allá de representar monólogos interiorizados y excluyentes. En el nuevo sentido, más evolucionado e integrador, el concepto de “diálogo” significa “palabra entre dos”, lo que exige y comienza por escuchar desapasionadamente las preocupaciones y necesidades de otros, incluso de los oponentes, llegando incluso a intentar ver las cosas desde su punto de vista (por empatía y cambio de rol), tratando así de buscar soluciones que tomen todos los factores en consideración a la vez que no se pretende en ningún momento imponer la opinión propia sobre la de los demás.

Asimismo, se ha comprender y a la vez aceptar en profundidad que las personas y las culturas habitan diferentes mundos conceptuales, realidades y estadios, cada uno con valores y centros de gravedad distintos. Esto enseña, evidentemente, que lo primero que hay que hacer es hablar de ellos, sin miedo alguno a llegar a su raíz, a su directorio principal, escarbando con gran determinación en los patrones subyacentes y semillas de todo conflicto merced a un enfoque radical e integral. Sin embargo, esto ha de dirigirse y organizarse necesariamente desde una mentalidad que haya evolucionado hasta una elevada capacidad de integración de la complejidad en orden a evitar recaer continuamente en un caos reduccionista (Figura 1, estadio IV). En este sentido, tanto la política actual, moderna e individualista del sistema (III) y la ancestral y colectivista (II) pertenecen ambas a modelos mono-lógicos (una única lógica) y así a un paradigma confrontador por naturaleza, ese que *hace del amigo un enemigo y del hermano un extraño*. Ahí incide la nueva aproximación conceptual (IV), conocida por algunos como “metapolítica”, política transpersonal o modelo aperspectival y transmoderno (Wilber, 1995; Ray, 1996; Jordan, 1998a, Harguindey, 1999; Panikkar, 1999). Esta última actitud, al contrario que las otras, tiende a *hacer del enemigo un amigo y del extraño un hermano*. Es pertinente recordar aquí la pionera frase de Abraham Maslow al respecto para resumir el nivel de conciencia política del estadio IV: “*Desde la perspectiva transpersonal se puede proponer un programa político integral en media hora*” (Maslow, 1989).

La esperanza de esta nueva visión integral y universal del mundo radica en resolver la polarización de opiniones que bloquea toda evolución ascendente. Este camino resume la llamada “vía crítica” inicialmente propuesta por Wilpert (Wilpert, 2000), una que trata de aportar una perspectiva superior desde la que observar los diversos conflictos (Redfield, 1999). La principal misión de tal camino es el de llegar a las raíces para arrancar allí las causas del sufrimiento en orden a superar los estados mentales destructivos (Pániker, 1982, 1987; Panikkar, 1999; Dalai Lama, 1999). Esta perspectiva, que por desgracia es casi exclusiva de grandes hombres del espíritu y la cultura, coincide con el tipo de pensamiento sintetizado por la vasco-americana Angeles Arrién al afirmar que *la espiritualidad es la forma más elevada de conciencia política* (Arrién, 1993).

2. ESTADIOS DE LA CONCIENCIA SOCIOPOLÍTICA, PERSONAL Y SOCIAL.

Un grave error en que se cae habitualmente es considerar que alguno de los diferentes estadios evolutivos de la conciencia individual y/o grupal (II, III, o IV) está en condiciones de autootorgarse el derecho de poseer una posición privilegiada sobre los demás. Cualquiera de ellos representan niveles hasta cierto punto abiertos y flexibles, al menos potencialmente, que pueden evolucionar en un sentido u otro, ascendente o descendente, evolutivo o regresivo. Lo deseable, sin embargo, es que progresen conjuntamente hacia la expansión y sofisticación de la conciencia, individual y grupal, y así hacia una creciente capacidad de integración y resolución de los problemas más complejos.

Es totalmente necesario que la perspectiva integral, en su aspecto de mediadora en un determinado conflicto, se mantenga por encima y/o fuera del nivel de conflictividad (Beck y Cowan, 1996; Wilber, 2000a, 2000b). Los diversos investigadores pioneros de este enfoque (Jordan, 1998, Schroder y cols.,

1967; Kohlberg, 1969; Habermas, 1976; Rosenberg, 1988; Kegan, 1994; Wilber, 1995) han estudiado en profundidad y caracterizado los tres estadios evolutivos mencionados. A pesar de que ninguno de ellos ha de interpretarse rígidamente como aislado de los otros, ya que existen diversos estados intermedios, sus características más sobresalientes son:

a) *Estadio II* (Figura 1) (*estadio preconventional, mítico-racional, ideología premoderna y colectivista, "democracia" interna o cualitativa*). Se caracteriza por una capacidad de integración de la complejidad pobremente desarrollada aún. Desde este estado se interpreta y evalúa toda la información entrante de acuerdo con normas simples y fijas. Todavía no somos capaces de considerar interpretaciones creativas que se salgan de unos esquemas preconcebidos. Todo se sitúa rígidamente en uno u otro polo, dentro de las categorías de sí o no, blanco o negro, no mostrándose elasticidad alguna, capacidad de interrelación externa ni de concebir diferencias graduales. No existe posibilidad siquiera de abrirse a la existencia de otros estadios, conciencias y crecimiento, cuya mera posibilidad se puede incluso llegar a demonizar. A la falta de seguridad en uno mismo y escaso autoconocimiento o autoaceptación se reacciona con una inusitada agresividad emocional.

Las creencias se muestran como extraordinariamente impermeables a cualquier cambio cognitivo. Esto es debido en parte a una insuficiente capacidad interpretativa de los potenciales más elevados de la realidad humana ni del mundo, propio y ajeno, interno y externo, como una totalidad única. Ello provoca patrones de reacción estereotipados, muy resistentes a cualquier tipo de posible cambio, mejora o evolución, por mínimo que sea. La categorización de los demás es por lo tanto muy abrupta, cortante y rígida, lo que hace cualquier perspectiva que no pertenece al in-grupo, o grupo interno, como irreconciliable e inaceptable (Curle, 1995). Desde este nivel de interpretación, al contrario que el estadio III, todo el mundo es culpable hasta que se demuestre lo contrario. Se ofrecen descripciones emocionales, secuencias, narrativas interiorizadas, pero no explicaciones ni justificaciones profundas, lo que por otra parte no se considera necesario. La mera llamada a la razón se puede llegar a considerar como un menosprecio.

Este enfoque cognitivo mítico-racional (Habermas, 1976) se ocupa principalmente de valores colectivos, a los que el individuo y todo posible desarrollo personal e individual queda supeditado. El sentimiento individual viene principalmente, incluso únicamente, dado por los papeles, normas, estilos de vida e interpretaciones suministrados por el propio medio ambiente y culturización. Este estadio nos hace imposible ver la propia cosmovisión como "una más", como una de las posibles concepciones de la vida humana y del mundo. Ello se debe a que no existe "distancia" alguna entre uno mismo y su perspectiva e interpretación, o la necesaria capacidad de descentramiento voluntario de la propia posición para de esa manera poder acceder a un autoanálisis desde una posición de "testigo externo" a nosotros mismos.

Tal capacidad empática, o de cambio de rol, requiere una evolución personal postedípica, algo que el estadio preconventional-tradicional-ancestral no aconseja, tolera o se ve como capaz de negociar. Uno pertenece y "es", unitiva y simbióticamente, como madre e hijo, en cuerpo y espíritu, su propia perspectiva, y nada más. Como muy bien ha dicho Wilber al considerar los fundamentalismos e integristas tradicionales más en boga, *nadie al nivel mundocéntrico de concienciación moral lanzaría alegremente la bomba atómica, pero alguien al nivel egocéntrico y preconventional bombardearía con felicidad hasta mandar al infierno a cualquiera que se interpusiera en su camino*" (Wilber, 2000b).

Dentro de este nivel de conciencia cada ser lo es todo, por lo que se hace difícil distinguir entre lo personal y lo colectivo. Representa ese estado de totalidad del hombre roussoniano, cuya conciencia vive inmersa en simbiosis con la madre naturaleza. Predica la vuelta al evangelio de la Naturaleza, habla con lenguaje sofista en términos de agitación revolucionaria y en ocasiones hasta se ve ingenuamente así mismo como un filantrópico redentor de los hombres. La nostalgia de una Edad de Oro perdida como "mito fundacional" crea un sentimiento de antagonismo hacia la civilización urbana, el progreso y el materialismo moderno, en definitiva, a la falta de pureza del "sistema".

Es justo decir que este estado de conciencia atrae como la poesía sin tener que ser verdaderamente poético; es ingenuo pero violento, inocente en sus planteamientos pero en ocasiones brutal; sensible y hasta sentimental pero primitivo, y finalmente tan leal a lo suyo como arrogantemente autosuficiente en la defensa de una eterna juventud que, lamentablemente, se comunica como caóticamente disfrazada de heberfrenia peterpanesca (Panero, 1987). Representa el espíritu animista de la tierra y a su vez el poder de la fuerza oscura de los instintos. Su desarrollo emocional sólo concibe la supervivencia del in-grupo de forma estrictamente igualitaria (Larousse, 1979). Al no conseguir alcanzar estado alguno de empatía el sentimiento de culpabilidad no existe.

Cansinos Assens dijo de esta tipología humana que *“ni cree ni compite con los dioses porque se siente completo en sí mismo como un dios”*. Su fortaleza y libertad raskolnikovianas no reconocen ley ni deber moral que le coarten en su defensa a ultranza de una arcadia edénica narcisista y deificada. Esta parte de la naturaleza humana, tanto en sus aspectos atractivos como en sus defectos, fue magistralmente descrita por Goethe en una historia retroromántica titulada *“Sátiros o El Demonio del Bosque Deificado”* (Goethe, 1951). Inevitablemente, dicho estado de simbiosis con la naturaleza primigenia lleva a la creencia de que el mundo debería estar organizado de una forma fija, cerrada y rígidamente predeterminada (Popper, 1982).

El estadio evolutivo II conforma una perspectiva de superficie, aunque no superficial, bidimensional e igualitarista en el cual la visión propia debería de ser aceptada sin discusión por todas las demás. Su moral vive inmersa en un tiempo cíclico cerrado sobre sí mismo dentro de una autocontemplación que acaba por convertirse, final e inevitablemente, tanto en autoesclavizadora como en esclavizadora del medio ambiente externo (Eliade, 1994).

La conciencia II ancestral y preconventional permite comprender desde dentro de ella que la llegada del racionalismo individualista, como actitud mental moderna ha supuesto que el pueblo indígena se haya rebelado sistemática y violentamente en contra de toda moral externa a sí misma y en contra de todo estilo de vida emergente, que en ocasiones pone en peligro la misma supervivencia de las mismas culturas ancestrales. El peligro es que dicha reacción en ocasiones se desliza imparablemente hacia una serie de fundamentalismos totalitarios, de índole marxista-leninista, disfrazada incluso de religiosa, de los que el integrista islámico es el más prominente en la actualidad.

Por fin esta cosmovisión tipo II se entremezcla con la remanente concepción marxista del hombre, cuyo último reducto psicológico lo conforma un estancamiento en un inconsciente huérfano y ateo que funciona como una primitiva máquina territorial enfrentada a esa otra máquina despótica capitalista y neoliberal. Entre otras cosas, todo bloqueo resultante entre los estadios II y III incapacita al ser masificado por las diversas ideologías excluyentes no solo al sentimiento de empatía sino al acceso a un amor maduro y postedípico, el que se confunde con una idolatría preedípica (Larousse, 1979). Así, la perspectiva propia del estadio II, aunque en principio sea tan digna como cualquier otra, de bloquearse por interiorización hacia sí misma acaba inevitablemente por inducir consecuencias catastróficas para el crecimiento y ascenso de la naturaleza y conciencia humanas y de toda sociedad en general, a la que, simplemente, excluye de su mundo e incluso niega el derecho a existir

Como resumen final sobre las consecuencias políticas de una conformación psicológica exclusiva a un nivel II colectivista y/o prepersonal, la siguiente cita de Cowan y Beck al respecto parece muy apropiada: *“Los comportamientos terroristas son el resultado de frustraciones, de la necesidad de atacar y superar barreras o recuperar algo que se considera perdido. Aparecen cuando la naturaleza humana se halla en medio de la angustia y agonía del cambio caótico y de una profunda transformación y son síntomas de inestabilidad. Los actos terroristas aumentan mientras más gente y grupos se sienten como inadaptados o creen que están siendo dejados atrás o a un lado en un mundo rápidamente cambiante”* (Cowan y Beck, 1996; Beck y Cowan, 1996). En la clasificación y método de “Las Dinámicas Espirales”, cuya aplicación tanto éxito tuvo en lograr la transición política y el fin del apartheid en Sudáfrica, las

características de la realidad propuesta por este estadio corresponde a los colores púrpura, rojo y azul (Cowan y Beck, 1996; Beck y Cowan, 1996) (Figura 1).

b) *Estadio III* (Figura 1) (*estadio convencional, racionalista, ideología moderna, democracia global o cuantitativa*). Se caracteriza por la presencia de, al menos, un incipiente crecimiento, lo que posibilita una moderada capacidad de integración de la complejidad. A partir del momento en que se salta el punto de inflexión entre los estadios II y III, tanto en la evolución personal como colectiva -evolución que se interpreta como descendente y negativa para los primeros y ascendente y positiva para los segundos- nace y puede comenzar a crecer el concepto de “individuo”, pero no antes. Este, con su personalidad que reconoce como distinta de las otras, se compromete sin embargo a aceptar a todos los demás, por diferentes que sean. El individuo, y no la colectividad, pasa a ser *el centro de gravedad* de la sociedad moderna (Figura 1). A partir de la entrada en este estadio queda inaugurada la llamada “racionalidad”, con su libertad y responsabilidad individual y un modernismo racionalista heredado de la Ilustración. En definitiva, el comienzo del estadio III representa también el nacimiento de “la persona” así como del humanismo moderno (estadio personal-postedípico). Solo a partir de este nivel de individuo se posibilita el concepto de democracia, que implica el respeto por los diferentes.

Si la cosmovisión del estadio anterior se declara “antiindividualista”, la progresiva maduración de la conciencia a una individualidad separada y única aporta al ser la capacidad de reconocer la existencia de distintas perspectivas a la suya, abriéndose a la posibilidad de diferentes interpretaciones de una misma información. El salto del estadio II al III permite el comienzo de una maduración progresiva hacia un cierto grado de flexibilidad y tolerancia en la percepción e interpretación de la realidad, por variopinta que sea. Sin embargo, el ego está todavía encerrado en sí mismo, aunque en una camisa de fuerza conceptual menos rígida que la del estadio anterior.

Sin embargo, incluso a este nivel la conciencia todavía se siente obligada a elegir entre “esto o aquello” (dualismo), no siendo aún capaz de acceder a un “esto y aquello” (adualismo), que será propio del estadio IV (Wilber, 1995). Toda actuación desde este estadio evolutivo de la conciencia hace inevitable que, sobre todo en conflictos complejos y multifactoriales, siga existiendo abismo y ruptura insalvables, sin posibilidad alguna de curación o sanación integral, síntesis sinérgica o reconciliación de opuestos (Jung, 1971, 1989). Con estas limitaciones, el pensador lineal, lo habitual de la modernidad, incluso entre los círculos políticos y científicos ortodoxos más prestigiosos, aún no es capaz de construir contextos generales cibernéticamente interrelacionados o para ofrecer soluciones globales e integradas (Estadio III a IV, Figura 1). Su capacidad de integración de la complejidad y su creatividad aún no están lo suficientemente desarrolladas.

Dentro de las limitaciones que presenta la concienciación tipo III aún se estigmatizan las demás creencias, valores y estructuras, sin que el ser humano sea capaz de dar el salto necesario desde el análisis crítico al de esa creatividad intuitiva que nace desde una forma de ver e interpretar más madura y evolucionada. La mente del pensador convencional no concibe la resolución ideal de un conflicto de forma que todas las partes queden satisfechas. Esto es debido a que sólo es capaz de considerar la existencia de metas incompatibles, competitividad y confrontaciones insolubles. Así que este enfoque y modo de razonamiento, como el anterior, únicamente puede concebir que sólo el dominio de una parte sobre la otra es la única posible salida al conflicto. Se habla de vencedores y vencidos, sin ser capaces de imaginar la posibilidad de que al final todos salgan vencedores y nadie vencido. Este modelo, que históricamente inauguró el concepto de estado nacional, sigue adherido a dicho modelo como el pensamiento único posible y lo políticamente correcto.

El ego comunal del estadio II ha dado paso, para bien y para mal, al ego separado de cada ser. El ser humano desarrolla el sentimiento y la ilusión -que pronto se tornarán delusión y falacia-, de estar en posesión de una personalidad única que representa su esencia última y las posibilidades máximas de su naturaleza. El individuo racionalista cree que es una persona separada del resto. De estancarse en esa perspectiva, su ego se deslizará inevitablemente hacia un feroz individualismo *ego-ísta, ego-céntrico* y

egó-latra, cuyo triste resultado final acaba en el narcisismo rampante, la superficialidad, un relativismo y nihilismo conformistas y un postmodernismo “light” sin valores, profundidad, sentido o significado alguno (Washburn, 1999).

Por otra parte, la personalidad convencional permite al ser humano hacer algo por los demás, pero siempre que, en primer lugar, ello sea beneficioso para sí mismo. Todo queda referido y supeditado a “mis” deseos, “mis” intereses, “mis” necesidades, “mis” relaciones, “mi” habilidad para mantener una concepción idealizada de mí mismo, “mi” imagen, “mi” fama, “mi” poder, “mi” dinero, etc. La alienación inducida por este nivel llega en ocasiones a una insaciable dependencia de acumular prestigio, dinero, fama y/o poder en orden a aparecer como persona de éxito, importante, significativa, respetada, admirada, grandiosa, etc. Dicho sistema de valores define una de los mayores pecados de la civilización occidental y del desalmado materialismo a ultranza de nuestros días, deficiencia que Carl Jung definió como la del hombre moderno en busca de un alma (Jung, 1971). Un alma que ese hombre ha perdido, lo que le asemeja y a su vez distingue del ser del estadio que le precede en que aquel todavía no la ha encontrado (Wilber, 1995; Jordan, 1998c). En la terminología de las dinámicas espirales de Cowan y Beck el estadio III corresponde a los colores naranja y verde, éste último a caballo tanto con el estadio anterior como con el siguiente.

c) *Estadio IV* (Figura 1) (*estadio postconvencional y superracional, política integral y transpersonal, metapolítica, democracia profunda, o cuantitativa y cualitativa*). Se caracteriza por haber logrado acceder a una elevada capacidad de integración de la complejidad. Su nivel de conciencia trata de mostrar que las diferentes perspectivas pueden relacionarse sanamente las unas con las otras. Además existe el potencial de que logren ser integradas dentro de un tipo de razón capaz de acoger la totalidad del conjunto vital a través de un marco global e integrador (Wilber, 1995). Su conciencia pertenece a un estado de un elevado grado de desarrollo humano que defiende la cooperación solidaria sobre la competitividad confrontadora. En sus formas más maduras dicho marco de conciencia ampliada, desde personal a sociopolítico, puede llegar a estar en condiciones de acoger todas las paradojas, contradicciones e incompatibilidades existentes entre las diferentes perspectivas previas, salvo, tal vez, la regresión a una profunda psicosis (Washburn, 1999). La nueva actitud y perspectiva se utiliza para desarrollar propuestas creativas e inéditas en orden a actualizar toda nueva intuición.

Para acceder a la globalidad de un conflicto a partir de este estadio, algo que exige incluir todos sus niveles y complejidades, se necesita dar un salto cualitativo ascendente a una concienciación supralaberíntica, ya que, como sabemos, ningún problema se resuelve verdaderamente al mismo nivel que se originó (Harguindey, 2000a). El odio creado por los estadios anteriores se sustituye por la compasión, e incluso puede llegarse a sentir amor por el enemigo en los estadios evolutivos más elevados (Frankl, 1979; Chopra, 2000).

Desde el acceso directo a la raíz de un conflicto, de conseguirse una mínima receptividad, la perspectiva postconvencional nos capacita para salir espontáneamente al encuentro de soluciones intuitivas que satisfagan a todas las partes. A partir de ahora la posibilidad de identificarse con ilusiones o delusiones narcisistas, sean individuales o grupales, ya no es posible. Incluso el ego separado queda diluido de nuevo, pero no a un nivel prepersonal e indiferenciado sino a uno transpersonal y evolucionado. Asimismo, esta actitud logra que la vida adquiera un nuevo y trascendental significado (Frankl, 1979).

La estructura mental del estadio IV se dirige al compromiso político desde el espíritu de lo metapolítico (Panikkar, 1999). Aspira a una autenticidad total y valores sinceramente altruistas, mientras que toda otra motivación egocéntrica es rechazada. Las diferentes cosmovisiones pueden ser comparadas y abrazadas sin la necesidad de dar a ninguna de ellas un estado de privilegio, consideraciones evolutivas aparte. La conclusión es que todos los seres humanos tienen el mismo derecho a que sus necesidades sean satisfechas y sus perspectivas consideradas, siempre desde una sincera humildad. El ser humano se autotrasciende así y consigue de este modo evitar todo tipo de comunicación violenta (Rosenberg, 1999).

Sabemos que para liberarnos del sufrimiento hemos de aspirar a eliminar sus causas y raíces (Dalai Lama, 1999). Este pensamiento “holístico” enseña que la raíz del sufrimiento se halla en nuestra ignorancia, en los anhelos desenfrenados, en la ira y el odio, lugar donde la cólera se convierte en la más horrible y frenética de las emociones negativas, antesala de toda perversidad incontrolada y el peor enemigo del hombre. Por ello, sólo un tipo de análisis radical, que posibilita el acercamiento al origen, puede lograr desarraigar las causas de los conflictos y, de esta manera, superarlos. La nueva actitud creativa y nivel educativo que conlleva, consiste en ayudarles a que las causas de dicha patología se desarmen a sí mismas por la vía natural, o la crisis convertida en oportunidad de superación. En estos casos la estrechez de miras sigue siendo una de las razones subyacentes más importantes para la persistencia, estancamiento y empeoramiento progresivo de los problemas más complejos.

En resumen, la perspectiva política integral ofrece un enfoque primordial desbloqueador de situaciones inveteradas a través de una ingenuidad autoimpuesta, humildad, sinceridad y autoestima (todo lo contrario del narcisismo), mezclando la osadía con una gran dosis de prudencia. Finalmente, el investigador en la solución de integral conflictos ha de haber aprendido a vivir con elevados niveles de ansiedad y frustración sin caer por ello en el error de culpabilizar siempre a otros por los problemas y limitaciones propias (Maslow, 1989; Harguindey, 1999). En el método de las dinámicas espirales de Beck y Cowan este estadio corresponde a los colores amarillo, turquesa y coral (Cowan y Beck, 1996) (Figura 1).

3. CONCEPTOS BÁSICOS Y VÍAS PARA UNA POLÍTICA INTEGRAL.

Toda concepción institucional (objetiva, aspectos externos y cuantitativos) ha de ser complementada con una dimensión menos visible, pero fundamental, consistente en cómo relacionarse sinérgica y creativamente tanto entre individuos como entre grupos (subjetividad, aspectos internos y cualitativos). Lo primero a lo que hay que prestar atención es a cómo experimentan unos y otros sus identidades, motivaciones, valores y búsqueda de sentido, en definitiva, sus respectivas conciencias. Sólo de esta manera se puede aspirar a acceder al verdadero centro y núcleo de los problemas en orden a trascender los círculos viciosos y mortales transformándolos en virtuosos y vitales.

La concienciación principal del modelo integral ha de cooperar a dar un salto cualitativo desde el de establecer normas más o menos rígidas para el funcionamiento de la sociedad dentro de programas concretos a la construcción de procesos evolutivos abiertos. Se abre así la posibilidad de encontrar satisfacción a las diversas necesidades, no siempre fácilmente compatibles unas con otras, dentro de identidades más globales y acogedoras del todo.

Las vías en las que la política integral se esfuerza son:

- a) Los conceptos deben sentirse como poseedores de una aplicación universal y ser válidos para los tipos de contextos sociales y culturales más variados.
- b) Sus valores deben ser sentidos como desafíos reales a un nivel personal, cuya vivencia y puesta en práctica podría lograr una mejora substancial en lo personal y lo social.
- c) Sus propuestas han de poder ser aplicadas en interacciones diarias de forma concreta e inmediata.
- d) Su paradigma ha de presentar el potencial de ser transformador en el sentido de lograr la mejora universal de la/s sociedad/es y los individuos. Al ser introducido en las interacciones diarias ha de ser capaz de promover situaciones positivas y pacificadoras en la forma en que la sociedad opera.

4. LA PUESTA EN PRÁCTICA DE UNA POLÍTICA INTEGRAL. CARACTERÍSTICAS.

La perspectiva de la política integral se caracteriza por ciertas cualidades que han sido resumidas con anterioridad por Jordan y Wilber entre otros (Jordan, 1997, 1998a, 1998b; Wilber, 2000a).

- a) *Necesidad de un razonamiento “centáurico o visión-lógico”*. Este se caracteriza por no adherirse a ninguna identificación exclusiva o sistema único de interpretación. Mientras que todas las personas pueden tener una perspectiva favorita, se es consciente de que todas ellas tienen sus valores intrínsecos y sus limitaciones.
- b) *Disolución de odios y enemistades*. La perspectiva postconvencional/integral ve las acciones como resultado de procesos y contextos muy complejos en donde inciden multitud de factores de índole física, psicológica, social, económica, histórica, cultural, intelectual, política y espiritual. Constituyen por lo tanto complejas cadenas de sistemas donde se hace difícil señalar culpabilidades únicas. Los conflictos son interpretados como “*problemas que hay que tratar y resolver más que como luchas que hay que luchar*”.
- c) *Habilidad para manejar con éxito tensiones entre valores universales y aquellos centrados en intereses grupales*. Esto presupone la necesidad de una capacidad de discriminación extraordinariamente sensible sobre las motivaciones abiertas y ocultas en el mundo de la política.
- d) *Discriminación entre acciones en nombre del interés común e intereses personales*. Es imprescindible para dejar a un lado toda manipulación interesada de individuos o grupos, tanto como para poder contrarrestar cualquier efecto basado en la hipocresía.
- e) *Apertura a la autotransformación*. Permite y estimula una evaluación crítica de in-grupos y grupos externos por igual (Vía Crítica, Crítico-Constructiva o Cuarta Vía).
- f) *Respeto al verdadero contenido de todas las ideas e ideologías*. Este punto incluye la consideración de respetar los diferentes estadios evolutivos sin mezclas desarraigadas o caóticas.
- g) *La visión postconvencional critica las limitaciones de toda política monolítica*. Esta visión aconseja: 1) La creación y descubrimiento de metas supraordinarias. Estas han de incluir a la sociedad entera; 2) El desarrollo de encuadres políticos de un orden superior; 3) La búsqueda de referentes simbólicos universales y comunes a todas las partes enfrentadas que se hallen por encima del nivel causal del conflicto (perspectiva supracultural y supralaberíntica).

5. NATURALEZA DE UN PROCESO DE PAZ INTEGRAL.

Toda persona va a operar en diferentes facetas de la vida de acuerdo con la estructura y estadio evolutivo de conciencia a la que pertenece en un momento determinado. Cada nivel y estructura de la conciencia es a la política lo que los genes a la biología: extraordinariamente predeterminantes. Por ello el comportamiento externo de personas o colectivos sólo puede cambiar cuando se salta de un estado a otro, tiempo en que las motivaciones, y la misma esencia y naturaleza del individuo se transforman al evolucionar.

Cuando la opinión de uno mismo y de la naturaleza de la vida humana cambian, incluso drásticamente, la misma naturaleza del conflicto se adquiere una dimensión diferente, más positiva. Ahora se puede aspirar a traspasar un punto de inflexión que mejore la existencia para todos, aunque en el proceso todavía nos podemos ver obligados a atravesar uno o más estadios intermedios de caos y crisis muy profundos (estadios interparadigmáticos) (Grof y Grof, 1995; Harguindey, 2000a). A pesar de todo se crea la esperanza de que conflictos violentos pueden hallar una solución sana, pacífica e integral, incluso de forma súbita. Finalmente, dando lugar a ambientes favorables y desahogados para el desarrollo integral de todas las conciencias se puede lograr un eslabonamiento, interrelación y engranaje creativos entre diferentes modelos y concepciones de la vida en la solución de todo conflicto (las llamadas “islas de paz”).

Ya que la existencia de una gran tensión entre un estado y otro induce peligrosos estadios interparadigmáticos en los que tiende a irrumpir la crisis, la inestabilidad, la violencia y el caos, se plantea el desafío de hallar sanos eslabones de interrelación entre unas realidades y otras para que cada una de ellas tenga la oportunidad de fluir pacíficamente desde sí misma. La meta final es llegar a conformar *un conjunto vital integrado* sin abismos insalvables ni rupturas traumáticas. De tenerse éxito, puede aspirarse a que el resquebrajamiento de la realidad global sea sustituido por una tensión creativa entre las diferentes realidades parciales, pudiendo mantener cada una su camino de creación de sentido y significado.

La vía principal de una política integral se refleja en cuatro eses: Sinergia-Sintonía-Sincretismo y Síntesis. Nada de esto quiere decir que haya que pedir a nadie que modifique su propia identidad o sentido existencial de sí mismo, sino simplemente que se atreva a ejercer su máximo grado de libertad individual para posibilitar la superación de las propias limitaciones, personales y medioambientales. Sólo así se hace posible un diálogo genuino (dialéctica dialógica, o “de dos diálogos en uno”) pudiéndose llegar a topar de pronto con un tiempo de paz abierto y posible para todos, a lo largo del cual se abren espontáneamente nuevos caminos y encuentran inesperadas soluciones (“Cuarta Vía”, o Vía Crítica) (Wilpert, 2000).

Un diálogo genuino y verdadero significa escuchar empáticamente a las preocupaciones de todos, permitiendo que en él penetren todas las perspectivas, que de esta manera crecen desde sí mismas, aparte de ser transformadas en el mismo proceso de relación creativa (Harguindey, 2000a). Por el contrario, la falta de creatividad y entendimiento permite comprender incluso que el concepto de “democracia” llega a presentar significados opuestos para personas razonando a través de diferentes estructuras de conocimiento (II, o democracia interna; III o democracia externa; y IV o democracia profunda, Figura 1), un hecho que en muchas ocasiones añade un grave problema semántico a todo intento de comprensión mutua.

Se deduce que sólo desde un posicionamiento postconvencional, o *marco de máxima complejidad integradora*, se pueden desarrollar nuevas estrategias y alternativas de negociación de soluciones universales para los conflictos sociales y/o geopolíticos más complejos, integrando a su vez algo tan esencial como los aspectos emocionales involucrados en las diversas perspectivas competitivas II y III. Dicha cosmovisión integral ha de partir, sin embargo, de una forma de pensamiento y creatividad intuitiva muy sofisticada, aún accesible a unos pocos: la llamada “*vision-logic*”, o cosmovisión mundocéntrica (Wilber, 1995; Wilber, 2000a). Nos permite estar en condiciones de acceder a la mayor diferenciación posible e integración de las estructuras internas de los seres humanos en orden a revelar las características más maduras y potenciales creativos de la personalidad, sea individual o colectiva. A este nivel IV de desarrollo evolutivo se adquiere la habilidad de sostener perspectivas contradictorias, incluso opuestas, sin rupturas ni escisiones internas, siendo capaces de sostener y defender “dos caminos opuestos al mismo tiempo”.

6. DEL NARCISISMO A LA AUTOESTIMA COMO CREATIVIDAD POTENCIAL EN EL MUNDO DE LA POLÍTICA. ASPECTOS EVOLUTIVOS DEL BIEN Y DEL MAL. CONCLUSIONES.

La ley natural enseña que cada ser no está nunca en condiciones de ofrecer más de lo que en esencia es y tiene dentro de sí, lo que viene predeterminado por el nivel de conciencia al que se mueve y actúa. Uno “es” de una manera porque no puede ser de otra, y actúa de la mejor forma que su estadio evolutivo y desarrollo personal le permiten. Todo lo demás se le aparece como extraño, incomprensible, alienado y demencial. Por ello toda persona o grupo que en un momento determinado se halle en una situación de inmensa frustración, incluso de desprecio y odio hacia sí mismo o hacia otros, sólo estará en condiciones de ofrecer y exteriorizar eso: lo que siente. Y lo que uno siente es lo que es.

Lo contrario al odio y al menosprecio es una sana autoestima, lo opuesto del egocentrismo y del narcisismo, matrices de toda soberbia y arrogancia excluyentes. El narcisismo, como amor propio,

siempre es arrogante; la autoestima nunca. El primero está basado en la soberbia, el segundo en una humildad genuina. El primero en el “amor propio”, el segundo en ese “amor al sí mismo” que propugna Mario Kamenentzky. Por ello la autoestima convierte en imposible el odio o la envidia hacia nadie (Sun Tzu, 1991, Panikkar, 1999). Solo somos capaces de odiar a otros cuando, consciente o inconscientemente, nos odiamos o menospreciamos a nosotros mismos, o cuando somos presa de los celos o la envidia. Es decir, cuando, por una u otra razón, no somos capaces de ser nosotros mismos ni desarrollar nuestros mejores potencialidades.

Finalmente, en toda situación de confrontación y violencia abiertas se ha de reconocer que los seres humanos, sin exclusión posible, son iguales al menos en una cosa: todos ellos tienen el derecho a luchar por su felicidad, superar el sufrimiento y combatir cualquier estado mental destructivo. Todo gran conflicto, desde personal a colectivo, es una crisis de identidad y coherencia a ser superado. Esta superación se ha de llevar a cabo reforzando lo más posible la identidad y esencia naturales básicas (Rousseau), nunca suprimiéndolas. Ello exige la creación de “espacios seguros de interrelación”, en otras palabras, un ambiente psicológico favorable al conjunto vital que aporte a las diversas partes la suficiente distancia y perspectiva para actuar sin que nadie se vea dominado por castradores apasionamientos, emocionalismos autodestructivos, regresiones psíquicas o una situación de inestabilidad anímica que haga temer por la pérdida de toda seguridad externa e interna, desde física a psicológica.

La perspectiva de la vía integral hace innecesaria la existencia de enemigos míticos o arquetípicos. Aboga por la dilución de todo frentismo, cuya existencia se convierte ya en algo absurdo y superfluo a partir de un punto de inflexión evolutiva. Reconoce que todo símbolo cultural identificador necesita y tiene derecho al respeto y reconocimiento reales, aunque sin caer ingenuamente en la aceptación de una imagen idealizada de uno mismo como absoluto estático, incambiable y excluyente (egocentrismo narcisista, personal o prepersonal).

Esta posición permite asimismo utilizar los puntos álgidos de un conflicto como focos de superación y creatividad inédita e intuitiva. Llega a poder concebirse la crisis y el caos como oportunidades de superación, al modo taoísta. Accede a la posibilidad de utilizar el mismo estrés y sufrimiento como impulso y trampolín, incluso como medio pacificador, en orden a evolucionar ascendentemente a un marco ampliado y modelo integral (Harguindey, 2000). Aunque los problemas puedan aparecerse como extremadamente complejos, incluso imposibles de resolver para la mentalidad racionalista-convencional, la concienciación postconvencional crea la posibilidad real de alcanzar una sincera sencillez integral y una unidad simbólica en su punto más elevado: la síntesis superior de los opuestos (Jung, 1971).

El pensamiento integral concluye en que la forma más deseable para la resolución de conflictos es cuando las diferentes facciones o partes pueden alcanzar un entendimiento y comprensión mutuas consensuadas, por imposible de concebir que esto le resulte al pensador lineal y dualista (Wilber, 1986; Wilber, 1995, cap. 6; Wilber, 1999; Harguindey, 1999, cap. 5). Lo integral está abierto a un proceso de crecimiento e *individuación colectiva* y, simultáneamente, a otro paralelo *de colectivismo individualizado y solidario*. Propone que se reconozca a todos sin excepción como actual y/o potencialmente originadores de valor, sentido y significado, así como posibles hacedores y generadores de la mejor de sus propias historias y destinos posibles. La/s comunidad/es se convierte/n así, por primera vez, en una/s “universal/es” en las que todos los seres humanos, por el hecho de ser personas, son elegibles para pertenecer a ella/s.

Sobre la naturaleza del bien y del mal en el mundo de lo sociopolítico, se define lo primero como un bajo nivel de conciencia, aparte de como un bloqueo que impide el ascenso del mal al bien. Así, se interpreta el bien como el resultado de un elevado nivel de conciencia (Chopra, 2000). Asimismo, el mal es lo que impide el paso de la parcialidad a la totalidad y/o de lo deficiente a lo completo. De esta manera, el bien y el mal también pueden ser radicalmente enfocados desde una perspectiva evolutiva, hecho que ha sido subrayado asimismo en estudios recientes sobre la esencia íntima, causas, características,

caracterología y problema de la existencia del mal, tanto en el mundo de la política como en la vida humana en general (Peck, 1983; Harguindey, 1999, 2000a).

6. REFERENCIAS

- Arrien, A. (1993): *The Four-Fold Way: Walking the Paths of the Warrior, Teacher, Healer and Visionary*. Harper: San Francisco. (Hay traducción al castellano: *Las Cuatro Sendas del Chamán*. Gaia: Madrid.
- Beck, D.E.; Cowan, C.C. (1996): *Spiral Dynamics. Mastering values, leadership, and change*. Malden (Mass.): Blackwell.
- Chopra, D. (2000): *Conocer a Dios*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Combs, A. (2000): *Integral Conversations*. Journal of Integral Studies, Spring 2000/nº 0. En: <http://www.integralage.com>.
- Cowan, C.C.; Beck, D.E.(1996): *A Spiral View of Terrorism*. En: www.spiraldynamics.com.
- Curle, A. (1995): *Another way. Positive response to contemporary violence*. Oxford (UK): Jon Carpenter.
- Habermas, J. (1976): *Zur Rekonstruktion des Historischen Materialismus*. Frankfurt a. M.: Suhrkamp.
- Frankl, V.E. (1979): *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Goethe, J.W. (1951): *Sátiros o el Demonio del Bosque Deificado*. Madrid: Aguilar, vol. III, págs. 1091-1103.
- Grof, C.H.; Grof, S. eds. (1992): *El poder curativo de las crisis*. Barcelona: Kairós.
- Grof, C.H.; Grof, S. (1995): *La tormentosa búsqueda del ser*. Barcelona: Los Libros de la Liebre de Marzo.
- Harguindey, S. (1999): *Una Nueva Visión de la Vida y de la Política: Caminando hacia Edén*. Vitoria: Luz Pradera.
- Harguindey, S. (2000a): *Towards a quintessential approach to crisis and disease: The crossroad-crossfire-turning point-conflict theory (CCPC)*. Internat. J. Transp. Studies, vol. 19, págs. 41-62.
- Harguindey, S. (2000b): *El espíritu de la política*. En: <http://www.utopiaverde.org/foros/monograficos/espiritu-politica>. (Hay versión en inglés: *The Spirit of Politics*, en: <http://www.integralage.org/scripts/querytitles.asp>
- Hawking, S.W.(1988): *A brief history of time: From the big bang to black holes*. New York: Bantam Books.
- Jordan, T. (1995): *Towards a good society: A postconventional manifesto*. En: <http://home.t-online.de/home/Perspectus/index.htm>.
- Jordan, T. (1996): *La psicología de la territorialidad en los conflictos*. Psicología Política, nº 13, págs. 29-62.
- Jordan, T. (1997): *Conflicts as yoga. Mindfulness in conflicts as a path of consciousness development*. En: <http://home.t-online.de/home/Perspectus/index.htm>.
- Jordan, T. (1998a): *Structures of geopolitical reasoning. Outline of a constructive-developmental approach*, Occasional Papers 1998:9, Kulturgeografiska Institutionen, Handelshögskolan, Göteborgs Universitet. También en: <http://home.t-online.de/home/Perspectus/index.htm>
- Jordan, T. (1998b): *Constructions of "development" in local Third World communities: Outline of a research strategy*, Occasional Papers 1998:6, Kulturgeografiska Institutionen, Handelshögskolan, Göteborgs Universitet. También en: <http://home.t-online.de/home/Perspectus/Development.html>
- Jordan, T. (1998c): *On the Centauric Self*. En: <http://home.t-online.de/home/Perspectus/Centauric.html>.
- Jung, C.G. (1971): *The portable Jung*. New York: Viking Penguin Press.
- Jung, C.J. (1989): *The psychology of nazism*. New Jersey: Princeton University Press.
- Kegan, R. (1994): *In over our heads. The mental demands of modern life*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Kohlberg, L. (1969): *Stage and sequence: The cognitive-developmental approach to socialization*, in D. A. Goslin (ed.). *Handbook of socialization theory and research*. Chicago: Rand McNally and Company.
- Kuhn, T.S. (1975): *La estructura de las revoluciones científicas*. Méjico DF: FCE.
- Larousse (1979): *Gran Diccionario Universal*. Barcelona: Plaza&Janes.

- Maslow, A. (1989): *El hombre autorrealizado: Hacia un psicología del ser*. Barcelona: Kairós.
- Mindell, A. (1995): *Sitting in the Fire. Large group transformation using conflict and diversity*. Portland: Lao Tse Press.
- Panero, L.M. (1987): *Prólogo a "Peter Pan"*. Madrid: Ediciones Libertarias.
- Panikkar, R. (1985): *Monográfico dedicado a Raimundo Panikkar*. Barcelona: Revista Anthropos, vol. 53-54, Septiembre-Octubre, pág. 25.
- Panikkar, R. (1999): *El espíritu de la política*. Barcelona: Península.
- Pániker, S. (1982): *Aproximación al origen*. Barcelona: Kairós.
- Pániker, S. (1987): *Ensayos retroprogresivos*. Barcelona: Kairós.
- Peck, S.M. (1983): *People of the lie*. New York: Simon & Schuster.
- Popper, K.P. (1982): *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós.
- Ray, P.H. (1996): *The rise of Integral Culture*. Noetic Sciences Review, vol. 37, págs. 4-15.
- Redfield, J. (1999): *La nueva visión espiritual*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Rosenberg, M. (1999): *Nonviolent Communication: A Language of Compassion*. Encinitas (Ca): PuddleDancer Press.
- Rosenberg, S. (1988): *Reason, Ideology and Politics*. Cambridge: Polity Press.
- Schroeder, H.M.; Driver, M.J.; Streufert, S. (1967): *Human Information Processing. Individuals and Groups Functioning in Complex Social Situations*. New York: Holt, Rinehart and Winston, Inc.
- Sun, Tzu (1991): *The art of war*. Boston: Shambhala.
- Washburn, M. (1999): *Psicología transpersonal desde una perspectiva psicoanalítica*. Barcelona: Los Libros de la Liebre de Marzo.
- Wilber, K. (1983): *Eye to eye*. Boston: Shambhala (hay traducción al castellano: *Los tres ojos del conocimiento: La búsqueda de un nuevo paradigma* (1991). Barcelona: Kairós).
- Wilber, K. (1986): *Up from Eden: A transpersonal view of human evolution*. Boston: Shambhala (hay traducción al castellano: *Después de Edén* (1997). Barcelona: Kairós).
- Wilber, K. (1995): *Sex, Ecology, Spirituality. The Spirit of Evolution*. Boston: Shambhala.
- Wilber, K. (1999): *One taste*. Boston: Shambhala.
- Wilber, K. (2000a): *Introduction to volume 7 of "The Collected Works"*. Boston: Shambhala.
- Wilber, K. (2000b): *A Theory of Everything – An Integral Vision for Business, Politics, Science, and Spirituality*. Boston: Shambhala.
- Wilpert, G. (2000): *Dimensions on integral politics*. En: <http://people.a2000.nl/fvisser/wilber/wilpert.html>.